

UN MES.

Madrid... 6  
Prov. 3 meses... 20

# EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60  
Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

## SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL SPERONARE, por Alejandro Dumas.—Uno idem y un cuadro de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela RE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

## BERTRAND DUGUESCLIN.

El año 1338 fué célebre en Bretaña por las pomposas fiestas que tuvieron lugar con motivo del matrimonio de Juana, condesa de Penthièvre, con Carlos de Châtillon, conde de Blois. Aquellas fiestas, reflejos de las costumbres de la época, consistían mas bien en torneos y cañas que en danzas y diversiones. Todo lo que la Bretaña contenía de caballeros había acudido al llamamiento del conde de Blois, para sostener contra los extranjeros el honor y la bravura de los bretones. Entre los que habían acudido con mas apresuramiento, era notado como uno de los mas ilustres en valor y nacimiento el señor Duguesclin, gentil-hombre del castillo y de la señoría de la Motte-Broon, cerca de Reanes Padre de diez hijos, á quienes había dado la educación militar de aquellos tiempos, había hecho germinar este señor en su alma el hereditario valor de su familia. Su hijo primogénito, Bertrand, de edad á la sazón de diez y siete años, tenía asombrado á todo el país por su fuerza corporal, su destreza y audacia en la caza y en todos los ejercicios militares; desde que conoció la intencion de su padre de asistir á los torneos dados por el conde de Blois, le había suplicado le llevase con él; pero el padre, temiendo una derrota para su hijo, tan joven y sin experiencia en comparacion de los valientes caballeros que debían entrar en liza, no solo se lo había negado, sino que aun le había prohibido ser espectador. Duguesclin se presentó, pues, solo para sostener el honor y la

bravura de su blason, y entró uno de los primeros en el palenque.

Jamás se había verificado un torneo mas magnífico. La joven condesa y su marido, rodeados de una corte brillante, excitaban con sus ánimos el ardor de los combatientes, mas numerosos que de costumbre, y el pueblo lanzaba gritos de alegría y de admiracion á cada triunfo conseguido. Duraba ya el torneo hacia una hora, cuando se oyeron las trompetas al estremo del campo, anunciando un nuevo campeón. Abrense las barreras, y un caballero con la visera calada y la lanza en ristre se presenta en el campo. Al punto le sale al encuentro un adversario; comienza el combate, y al primer bote de lanza el caballero desconocido echa por tierra al campeón. Sucédele un segundo que tiene la misma suerte; el tercero, el cuarto, muerden el polvo tambien; en fin, sin tomarse treguas ni descanso, detri-

entusiasmo entre la multitud, que las barreras no la contienen y son al instante usaltadas; la corte, el pueblo, los jueces del campo se precipitan hacia el caballero desconocido, pidiéndole todos á una voz que se levante la visera y se dé á conocer. Duguesclin, mas diligente que los otros, llega el primero junto á él y le suplica declare su nombre. Entonces, inclinando la cabeza y cayendo de rodillas, dice el caballero con voz conmovida: «Padre mío, he infringido vuestra prohibicion, perdonad.» En el mismo instante se quita su visera y reconocen á Bertrand Duguesclin. El padre, afectado hasta derramar lágrimas, levanta á su hijo, le abraza, le oprime contra su corazon y le conduce en triunfo ante el trono de la condesa, que anhelaba ver de cerca tan bravo campeón, y que habiendo desprendido una flor de su corona de oro, le esperaba para ofrecérsela. Pero al verle se detiene la condesa admirada, y queda inmóvil. Consistía que ciertamente se cree que la belleza y el valor están siempre unidos, y Bertrand Duguesclin no tenía mas que esta última cualidad. Corpulento, bien formado, ágil y fuerte, mantenía sobre sus anchas espaldas una cabeza desmesurada, facciones pronunciadas que formaban una fisonomía áspera y salvaje. Conoció el efecto que su rostro producía en la condesa, y tomando al punto la palabra sin desconcertarse, exclamó: «Soy demasiado feo; jamás seré bien recibido entre las damas, pero en cambio sabré hacerme temible á mis enemigos.» Al decir estas palabras se animaron sus ojos de tal modo, que su rostro pareció iluminado de una aureola de genio; su fealdad había desaparecido, y entonces fué cuando la condesa con una sonrisa súbitamente amable, le ofreció la flor de oro, precio del vencedor del torneo. En reconocimiento de aquel don, eligió el caballero para su grito de guerra: *Nuestra Señora Duguesclin.*

Tal fué la primera revelacion del valor y del genio del que tan dignamente llevó la espada de condestable de Francia.

Duguesclin comenzó su carrera en una época favorable á sus inclinaciones, á sus talentos y á su valor. Muy pronto estalló la guerra entre Juan de Monfort y Carlos de Blois sobre la posesion de la Bretaña. Sensible al primer triunfo que había obtenido á su vista, Duguesclin tomó



Bertrand Duguesclin.

ba el desconocido de doce botes de lanza á los doce campeones que han salido á combatir con él. Este éxito, rápido como el rayo, produce tal

que había obtenido á su vista, Duguesclin tomó

partido por este último. La Francia era entonces asolada por los ingleses; Bertrand saltó á su encuentro en todas partes donde pudo sorprenderlos, dando golpes de mano atrevidos y diestros en todas ocasiones, *guerreando*, en una palabra, según la expresión empleada en aquella época, y consiguiendo siempre señaladas ventajas. Entre sus más ingeniosas acciones en aquella guerra, se cita el sitio de Vannes, que sostuvo toda una noche con veinte bombas contra los ó tres mil ingleses, y el castillo de Joueray, que tomó por sorpresa en 1356.

Mientras los ingleses sitiaban á Rennes, salió una mañana de la ciudad á la cabeza de una escasa partida de cien hombres, pero todos determinados como él. Penetró en el campo alopellando y matando á todo el que encontraba á su paso, se apoderó á la vista del ejército de un convoy de doscientos carros, y volvió á entrar triunfante en la ciudad con su botín. Admirado de aquel rasgo de audacia y de temeridad, el duque de Lancaster que mandaba el sitio, tuvo curiosidad de verle, y le envió un heraldo para hacerle venir á su tienda. Duguesclin, aconsejado con aquella invitación, fué allí al punto. En ella se encontraban, entre los guerreros que ya tenían celos de Duguesclin, un caballero llamado Bembro, el más famoso de todo el ejército por su fuerza y destreza en el manejo de las armas. Se aproximó insolentemente á Bertrand, y después de haberle echado en cara en tono de mofa el haber muerto á uno de sus parientes en la sorpresa de Joueray, pidió cambiar con él tres estocadas. «Seis y más si queréis», respondió Duguesclin, apretándole la mano de tal modo, que le hizo gritar; hasta mañana, delante de monseñor y los dos ejércitos.»

Al día siguiente tuvo lugar, en efecto, el combate entre la ciudad y el campo al salir el sol. Bembro era un rudo adversario, pero Bertrand, más fuerte y con más sangre fría que él, le derribó, haciéndole espirar de una lanzada, á la vista de los ingleses consternados y con aplauso de los sitiados. Queriendo los ingleses vengar aquella especie de derrota en la persona de su más temible combatiente, resolvieron intentar un asalto; pero Duguesclin se puso á la cabeza de las tropas, hizo tres salidas, en que mató mucha gente al enemigo, le derrotó y le obligó á levantar el sitio. En aquella jornada demostró que era tan buen general en el campo de batalla, como intrépido campeón en el palenque. Estos fueron siempre los dos caracteres distintivos de nuestro héroe.

Después de estas hazañas, obtuvo del rey de Francia Juan, obligado á volverse á Londres, de donde le habían permitido marchar bajo su palabra, el gobierno de Pontonson y una compañía de cien lanzas. Mostró su reconocimiento por aquel favor espulsando enteramente á los ingleses de la Normandía. Desde aquí se volvió á Nantes para descansar de las fatigas de la guerra, y se casó con Estéfana de Ragnocel, heredera de una ilustre casa. Habiendo fallecido esta, se volvió á casar con Juana de Laval, hija de Juan de Laval, señora de Chabillon. Mas la Normandía fué invadida de nuevo por los ingleses, habiendo roto el tratado Carlos de Blois. Duguesclin acudió allí al momento, los batió y volvió á tomarles las plazas fuertes de que se habían apoderado. Poco después fué nombrado comandante del ejército breton por Carlos de Blois, que le envió como insignia de aquel grado un bastón de plata sembrado de armines. Duguesclin cayó al instante sobre Becherel, cuyo sitio levantó animosamente, y derrotó completamente á Montfort, que tuvo la imprudencia de ir á atacarle en sus líneas. En aquel estado se hallaba la guerra cuando los dos pretendientes constituyeron, por mediación de los obispos, un divite entre sí aquella provincia. Duguesclin quedó en rebenes en poder de Montfort, quien rehusó darle libertad una vez rota la tregua, pero consiguió escaparse y se presentó en la corte de Carlos V, que acababa de suceder al rey Juan en el trono de Francia. Duguesclin llegó en el momento en que el rey de Navarra, Carlos el Malo, acababa de invadir la Normandía en 1364. En aquel año se elevó el héroe breton á una altura digna de su genio; Carlos V le dio el mando en jefe de todas sus tropas, con encargo de reconquistar la Normandía.

Luis de Navarra, hermano de Carlos el Malo, había quedado en este país á la cabeza de las tropas. Al saber se había conflatado el mando á Duguesclin, se creyó demasiado débil para resistirle, y pidió socorros á los ingleses. Estos le enviaron un ejército que tenía por jefe un hombre célebre, Juan de Gaillard, adalid de Buch.

Los dos ejércitos se encontraron cerca de la aldea de Becherel, á tres leguas de Brevend. El ejército inglés, además de su superioridad en número, tenía la ventaja de la posición. Estaba acampado sobre una montaña inespugnable. Duguesclin, por un ardid de guerra, le atrajo al llano fingiendo huir. Así que vió á los ingleses desalojados voluntariamente de la posición, hizo volver frente á su ejército, exclamando: «La red está bien tendida, nuestros son los pájaros.» Luego, animando á sus soldados, les dijo: «Sed, adelante, amigos míos, la jornada es nueva. Por Dios, acordaos que tenemos un nuevo rey en Francia, y que es preciso inauguraréis vosotros su reinado.»

Y dando al punto la señal de la carga, se precipitó sobre los ingleses, á quienes no tardó en poner en derrota, haciendo prisionero al famoso conde de Buch, á quien envió en efecto como un presente á Carlos V para el día de su consagración. El rey, magnífico también, le confirió en memoria de la victoria de Cocheret el título de mariscal de Normandía, y le hizo donación del condado de Longueville.

Hasta aquí la carrera de Duguesclin había seguido sin sufrir ningún revés. Esta carrera, para ser completa, debía resentirse de las desgracias inherentes á la humanidad, que prueban la fragilidad de las cosas de este mundo, y hacen sentir el poder sobrenatural de Dios, que detiene al hombre en su orgullo. La batalla de Auray, dada el 29 de setiembre de 1364 contra Montfort y los ingleses, fué perdida completamente por Duguesclin. Dos célebres guerreros combatían en aquellos tiempos en las filas enemigas: eran estos Chandos y Oliveros de Clisson, cuyo valor y audacia aceleraron la victoria. Carlos de Blois fué muerto, y Duguesclin quedaba solo para reanimar el valor de las tropas que veía diezmar á su alrededor. El mismo, armado con aquella terrible maza que ningún hombre tenía fuerza para levantar, hacía espantosos estragos en las filas enemigas, y dejaba cerca de sí las sangrientas huellas de su paso. Rodeado, acosado por todas partes, se había formado una muralla de cadáveres que su terrible maza de armas había derribado ante él. Sostenido por seis caballeros que no le habían querido abandonar, se defendía aun con tanta audacia y sangre fría como si tuviera segura la victoria. Chandos, que le vió en tan gran peligro, se aproximó á él al alcance de la voz, y le dijo:

—Rendios, Bertrand, esta jornada no es vuestra.

—He aquí mi respuesta, replicó Duguesclin levantando su maza, con la que de un solo golpe derribó dos hombres que le acometían; pero la maza voló hecha astillas, y desarmado, no poseyendo para defenderse más que las manoplas de hierro, Duguesclin se vió obligado á rendirse prisionero á Chandos. Fue tratado como debía serlo un hombre de su importancia y de su mérito. La paz siguió á la victoria de Auray. El rescate de Duguesclin se elevó á cien mil francos. Sus amigos escotaron á porfia para reunir aquella suma, que fué entregada al punto. A su vuelta á Francia, era el país asolado por las *grandes compañías*; Carlos V encargó á Duguesclin libertarse á la Francia de aquel azote, ya fuese por medio de la paz, ya por medio de la guerra, como mejor le pareciese oportuno, y puso á su disposición los tesoros del Estado. Duguesclin llevó consigo las grandes compañías á Castilla para combatir á don Pedro el Cruel, y sostener á su hermano Enrique. En efecto, en muy poco tiempo recobró todas las plazas fuertes que estaban en poder de don Pedro el Cruel, le venció en todos los encuentros, le espulsó del reino, saludó el primero á Enrique, rey de Castilla, de Sevilla y de Leon, y le hizo en segunda coronar en Burgos. Como premio de sus hazañas, Duguesclin recibió los títulos de duque de Molina y condestable de Castilla por los condados de Trastámara y de Soria.

En esta campaña fué donde Duguesclin pudo desplegar su genio militar y sus talentos de práctico. Antes de él se hacia la guerra sin precisión, y se terminaba por la destrucción de un ejército en batalla ordenada. El fué el primero que pensó en poner y mantener guarnición en las ciudades conquistadas, y proteger la retirada; especialmente sobre esto, Duguesclin será siempre uno de los más grandes capitanes. El fué el primero que modificó el arte de la guerra y echó las bases de la táctica militar.

Pedro el Cruel se había refugiado en Bordeaux, cerca del príncipe de Gales, á quien había llamado en su socorro. Este había atravesado los montes con un poderoso ejército para restablecerle sobre su trono. Además, Pedro, con el oro de los ingleses, había separado del partido de su hermano las grandes compañías, y las había tomado á sueldo. Apenas vuelto á Francia, supo Duguesclin lo que pasaba, y reuniendo apresuradamente todos los soldados que pudo encontrar, corrió de nuevo al socorro de aquel á quien había hecho rey.

Los dos ejércitos, fuertes cada uno de cien mil hombres, se encontraron en 1367 en los llanos de Navarrete. El ejército de Pedro tenía necesidad de combatir, porque los viveres comenzaban á faltar y amenazaba el hambre al campo; el de Enrique, por el contrario, estaba bien alimentado. En aquella situación, por ese motivo y otros que no son del caso, era el parecer de Duguesclin que no se presentase la batalla, pero el ardor y denuedo castellano hicieron que se diese. Pero la experiencia de Duguesclin y su instinto de hombre de guerra, recibieron una confirmación fatal á las armas de Enrique. El combate fué sangriento y encarnizado. Enrique hizo prodigios de valor, contuvo tres veces á los suyos que comenzaban á huir, y los condujo á la pelea. La cuarta vez se precipitó desesperado en medio de la confusión, é iba á sucumbir, cuando Duguesclin corrió á su lado derribando todo lo que se oponía á su paso, le libró del peligro y le dijo: «Señor, separaos de aquí; vuestro honor está ileso; salvad vuestra fortuna. Otra vez combatiremos con más suerte.» Presentándole al mismo tiempo un caballo, le obligó á abandonar el campo de batalla, y quedó casi solo, espuesto á los ataques de numerosos enemigos. Habiéndole reconocido la multitud de combatientes, se dirigieron hacia él y le atacaron con furia. Duguesclin, apoyado en una pared, se defendía con una energía que habría atenuado retroceder á los que lo acometían, cuando don Pedro, acudiendo allí inmediatamente, exclamó: «No haya cuartel para Duguesclin.» Este lo oyó, y abandonando la pared en que se apoyaba, se abrió paso hasta él, le hirió con un golpe de su espada y le derribó sin conocimiento; luego, volviéndose á la pared protectora, continuó batiéndose, declarando que no se rendiría más que al príncipe de Gales en persona. En efecto, el mismo príncipe fué á recibir su espada.

Duguesclin quedó, pues, prisionero por segunda vez. También fué tratado entonces con honra y respeto; pero el príncipe de Gales, que residía en Bordeaux, no quería dejarle á ningún precio. Sin embargo, el socorro de Duguesclin era más que nunca necesario á Enrique. Don Pedro el Cruel, restablecido en el trono de Castilla, había redoblado su tiranía, y enagenándose hasta la voluntad del mismo príncipe de Gales. Consiguió Enrique, disfrazado de peregrino, tener una entrevista éntrevista en Bordeaux con Duguesclin, y le instruyó de todas estas circunstancias. Se trataba de obtener la libertad del prisionero, por quien rehusaba el príncipe todo rescate. Se intentó entonces un medio que dió buen resultado, por que ofendía el amor propio del príncipe de Gales. Se espació por la ciudad y el ejército el rumor de que era por temor únicamente por lo que este último no quería dar libertad á Duguesclin. Ofendido por aquellos rumores injuriosos á su valor, el príncipe constató en volver la libertad al breton mediante rescate.

Una vez libre, Duguesclin entró en campaña para colocar á Enrique en el trono de Castilla. Presentóse aquí con la rapidez del rayo. Derrotó á los reyes moros que sostenían á don Pedro el Cruel, venció á este mismo, y hallan-

dose en el campo de Montiel, donde sufrieron una derrota las armas de don Pedro, facilitó el asesinato de este por su hermano don Enrique; única mancha que empaña su gloriosa vida, pero que no pudo limpiar su dicho célebre de: «Ni quito ni pongo rey, solo ayudo á mi señor.» De vuelta á Francia, recibió de manos del rey la espada de condestable, primera dignidad militar. Su carrera no había terminado todavía, y acaso fué desde entonces mas gloriosa que nunca. Mas el espacio nos falta para seguirla en todos sus detalles.

Nos limitaremos á decir que despues de haber espulsado los ingleses de la Normandía, volvió á tomar la Guyenne, el Poitou, la Saintonge, el Perigord, el Limosin, etc. Los ingleses habían vuelto de nuevo á la voz de Montfort; Duguesclin los persiguió y los batió, los arrojó hasta Bordeaux, en donde había reducido su ejército de sesenta mil hombres á seis mil; en fin, la toma de Lourdes, en 1373, en el condado de Foix, que conquistó, obligó á Montfort á pedir la paz. En aquella época, el condestable había llegado al apogeo de su gloria. Amado del rey, adorado de sus soldados, admirado de toda la Europa, revestido de la primera dignidad, había llegado á un punto en que segun las reglas de nuestra triste humanidad, debia experimentar alguna desgracia. Esta desgracia no dejó de esperimentarla. Carlos V se apoderó de la Bretaña destruyendo sus privilegios y su antiguo gobierno ducal. Todos los nobles bretones se sublevaron con el pueblo, y volvieron á llamar á Montfort, á quien habían espulsado poco tiempo antes. Solicitado Duguesclin para tomar partido con el rey contra sus compatriotas, se negó á ello y permaneció neutral. Esta neutralidad fué mal interpretada; sus acciones y sentimientos fueron calumniados, y recibió del rey una carta llena de reproches. Indignado Duguesclin le envió la espada de condestable, jurando no volverla á tomar jamás, y resolvió retirarse á Castilla. Esta ya en camino, cuando Carlos V, con mejores sentimientos, envió cerca de él al duque de Anjou. «Ved aquí la espada de honor de vuestro servicio, le dijo el duque; volvedla á tomar, porque el rey lo quiere, y os venia con nosotros.» Duguesclin se dejó llevar, y obtuvo de Carlos V una lisonjera acogida, dándole al mismo tiempo el encargo de espargar de ingleses las provincias meridionales. Satisfecho al ver que el rey le libraba del disgusto de combatir contra los bretones, aceptó, y le dijo antes de partir estas palabras que anunciaban su próximo fin: «No sé si volveré del sitio á donde voy; soy viejo, pero no estoy fatigado. Os suplico humildemente que hagais la paz con el duque de Bretaña, que así como le dejais en paz se someterá á su deber, porque las gentes de armas del país os han auxiliado mucho en todas vuestras conquistas, y podrán hacerlo todavía si os de vuestro agrado servir de ellos.»

Estas nobles palabras, en las que respira el amor al país, fueron las últimas que dirigió el condestable al rey de Francia. Despues de muchos triunfos, llegó delante de Randon en el Gevandán, á la que sitiaba Crisson. Tomó tales medidas que los ingleses prometieron entregarse si no recibían auxilio en el espacio de quince dias. Antes de espirar este término murió Duguesclin en su tienda, rodeado de sus amigos los guerreros. Era el 13 de junio de 1380. Tenia sesenta y seis años de edad. Su último consejo á sus amigos fué respetar en la guerra á las gentes de Iglesia, á las mugeres, á los niños, á los ancianos y al pobre pueblo, inocente de sus querrelas. Dando en seguida la espada de condestable á Crisson, le dijo mirándole fijamente: «Entregada al rey de mi parte, él sabrá darsela al mas digno.» En seguida espiró.

El dia convenido, los ingleses entregaron la ciudad, y quisieron depositar las llaves de ella sobre el féretro de Duguesclin, último y brillante homenaje rendido al grande hombre.

El rey quiso que fuese enterrado en San Dionisio en medio de las tumbas de los reyes, y al pie de la que debia recibirle él mismo, hizo elevar el mansoleo del condestable con esta inscripción: *Aquí yace el condestable Duguesclin.*

Fué la existencia de este gran capitán, estatema de las mas gloriosas de los tiempos pasados.

## UN RAMILLETE DE MADAMA PREVOST.

I.

### USOS Y COSTUMBRES DE LOS AFICIONADOS A REGALAR RAMILLETES.

Mad. Prevost es un personaje histórico. Ha estado en contacto por casualidad, y su delgado y misterioso tino, con la existencia de casi todos los hombres ilustres de este tiempo. No era una ramillettera modelada en el tipo consagrado al teatro. Cuando hemos empezado á conocerla, hacía largo tiempo que habían encanecido sus cabellos. Era una buena muger, lo cual no impedía que agradase mucho su vista y su conversacion. Hay gracias en todos los estados. No podría vivirse incesantemente en medio de las flores, sobre su atmósfera embalsamada, sin que el carácter y el genio se impresionen insensiblemente de sus virtudes simpáticas y risueñas; así como no se podría estar en continuo contacto con hombres de buena educacion, galantes y deseosos de agradar, sin adquirir en su compañía el agrado á primera vista, el uso discreto de las pocas palabras, toda la ciencia revelada en una buena acogida. Mad. Prevost nos ha proporcionado una prueba viviente de esto mismo.

Su tienda, estrecha y sombría, situada en la estremidad de una de las galerias del Palacio Real, formaba ángulo con un oscuro pasadizo que desemboca en la calle de Richelieu, y por donde todo literato, veinte veces lo menos en su juventud, ha atravesado para penetrar en el Teatro francés, en los dias de solemnidades literarias.

La posicion de este modesto establecimiento contribuyó en los principios á su prosperidad, tanto por lo menos como el incomparable talento de la ramillettera. Formaba, lo repetimos, el esquinazo de la galeria que está encima de la casa de Moliere. En la línea paralela se encontraba una pequeña puerta de dos hojas, y esta puertecita servia de entrada reservada á los actores y actrices de nuestro teatro nacional.

En tiempo del Imperio, durante la Restauracion, y en los primeros años del reinado de Luis Felipe, la comedia francesa ha reunido sucesivamente, y este es un hecho notorio, una compañía de señoras artistas, que por el talento, la belleza y la gracia, podia sostener la comparacion, no solo con las ilustraciones de otros tiempos, sino tambien, y por anticipacion, con la brillante playade que proyecta hoy sus rayos sobre nuestra primera escena. Si se há de recurrir á la tradicion oral y descriptiva, en épocas anteriores los que ingresaban en la carrera eran recomendados principalmente por la elevacion de la estatura, por su aire garboso y por el desarrollo de las formas. En apoyo de esta asercion retrospectiva bastará evocar el recuerdo de las señoras Mars, Georges, Duchesnois, Emilia Le-verd, Bourgoing, Demerson, Herve, Rose Dupuis, Dupont, Brocard, Marti, todas ellas, no solo bonitas, sino mucho mas desarrolladamente bellas que nuestras contemporáneas. Variedad de naturalezas no es degeneracion de raza.

Nuestros padres eran aficionados y muy sensibles á las seducciones de las formas. Confundian en su admiracion el talento de las artistas y sus atractivos personales. Su entusiasmo era doble.

Por razon de bondad, la multitud de admiradores y adoradores afluia á casa de Mad. Prevost. No bastaba comprar un ramillete; era indispensable tener con ella un rato de conversacion. La moda de arrojar brutalmente desde su butaca ó su palco flores á la dama de su predileccion, no era todavía aceptada. El ramillete elegido era preciso ingeniarlo para hacerle llegar á su destino. Estos cuidados discretos se encontraban generalmente á la ramillettera, que pasaba de este modo al estado de confidente, tanto mas, cuanto que su habilidad se encontraba casi siempre puesta á contribucion para colocar un billete mas ó menos sentimental é invisible, al lado mismo del corazon del objeto deseado. Madama Prevost ocupaba á una muchacha que

despachaba en su tienda en llevar aquellos odoríferos manuscritos.

¡Qué consumo de perfumes y de madrigales! Pero los aficionados entusiastas de las bellezas trágicas y cómicas que se presentaban en la escena francesa, no fueron solos por mucho tiempo á componer la clientela de Mad. Prevost. Esta clientela estendió poco á poco su círculo en la ciudad, sobre todo en los barrios aristocráticos; muy pronto reclutó entusiastas aun mas allá de nuestras fronteras, como veremos el ejemplo en la relacion siguiente. A medida que su nombre se estendia por el mundo, la ramillettera se dedicaba mas y mas á justificar el favor de que era objeto. La buena fama, esta nobleza de los mercaderes, les impone deberes. Los de Mad. Prevost hácia el público eran cada dia mas delicados.

En efecto, se pueden arrojar flores á una actriz sin despertar la envidia en su alrededor, sin dar materia á los comentarios, sin comprometerla, en fin. Es un homenaje tributado á su talento, y nada mas. La admiracion es un presente siempre victorioso.

Pero no es lo mismo cuando se trata de señoras del grande ó del pequeño mundo. El prestito del entusiasmo es absolutamente inadmisibile en semejantes casos. Y sin embargo, todas las damas aman las flores. Ellas no tienen siempre la idea ó la ocasion de proporcionárselas. Y luego, para decirlo de una vez, las flores regaladas adquieren á sus ojos virtudes inesplicables; exhalan ademas de su natural perfume, los perfumes mas suaves y mas agradables de la lisonja y del fruto vedado; llevan consigo, no solo las seducciones para los sentidos, sino tambien halagos para la vanidad, intrigas de misterio para la imaginacion, ilusiones para el corazon, sueños de poesia para el alma; llevan, en fin, un placer, un homenaje, un atractivo, una esperanza, declaraciones de esa felicidad de tan preciosa elocuencia, que aprecia inefablemente todo lo que se desea oír, y nada absolutamente mas que lo que se quiere escuchar. En un ramillete de cuatro reales que se le regala, encuentra todo su eco una muger con ayuda de su imaginacion. Mientras que, á precio de oro, aunque adquiriese un ramillete formado en toda regla, y se agrupasen en él todas las flores que produce una primavera, jamás en aquella montaña matizada, en aquella gigantesca y perfumada pirámide, jamás veria mas que perfumes.

Por otro lado, los hombres, en su inmensa mayoría, se desentenden del embarazo ó del ridículo que lleva en si misma una ofrenda florida. No siempre es fácil ó conveniente llevarla. Por su forma y su perfume se denuncia el ramillete, y al pasar por las manos y la lengua de la domesticidad, se ha marchitado antes de llegar al objeto destinado. Para ser bien recibido, no basta que un ramillete sea lozano y de buen gusto; es preciso tambien que llegue á tiempo y en momento propicio, sin precauciones torpes ni por caminos tortuosos. Jamás seria mejor recibido que si cayese del cielo.

Para satisfacer á las exigencias delicadas, madama Prevost había imaginado hacer construir pequeños cartones, propios para recibir encargos ó cintas lo mismo que flores. Así rodeado, el ramillete perdía su forma y con ella toda significacion sospechosa.

Solo que era preciso descubrirse á Mad. Prevost, darla un nombre, unas señas, y alguna vez tambien indicaciones muy confidentiales.

En algunas ocasiones la generalidad de los clientes no se esponian á las eventualidades de esos misteriosos manejos. Para la mayor parte, especialmente cuando habían llegado á la edad madura, se limitaban á elegir su ramillete; despues le sepultaban de cualquier modo en las profundidades de su bolsillo ó en la copa de su sombrero.

Una noche, mi compañero de infancia, mi camarada de juventud, Enrique de B\*\*\* y yo, entramos en la tienda de Mad. Prevost. Teniamos nosotros esa edad en que por gusto y necesidad se visitan mucho mas las tiendas de flores que los almaceñes de bisuteria. Eramos muy conocidos de la casa. Aquella noche veniamos á pedir á la dueña dos modestos ramilletes destinados á damas de camelias, á quienes no gustaban mas que las violetas de Parma. Autorizada

por sus blancos cabellos, teniendo en cuenta nuestra estremada juventud, y especialmente las confianzas que habíamos debido hacerla, madama Prevost usó en su conversacion una encantadora familiaridad. Nos callicaba amigablemente de calaveras. ¿Qué título tan honroso á los diez y ocho años!

Mientras que Mad. Prevost escogía y envolvía nuestras violetas, Enrique pasaba revista á la tienda. Su atención estaba concentrada hacia un momento en una caja dividida en departamentos y de forma singular.

—¿Qué demonio de caja! ¿Para qué diablos puede servir? dijo saliendo de su contemplación y despues de haber, sin duda, hecho conjeturas.

—¿Curioso!

—Curioso, sí, lo estoy, en efecto, de saber lo que estas cajitas, colocadas con tanta simetría, están destinadas á recibir.

—Estas cajas, estas pequeñas separaciones, están destinadas á ramilletes, no había necesidad de decirlo.

—¿Cómo! ¿empaquetáis flores como vestidos? ¿como un lienzo cualquiera? Como....

—Todo se empaqueta en este mundo.

—¿Menos las flores!

—Las flores como lo demas.

—No entiendo una palabra.

—¿Pues bien! Volved dentro de una hora.

—¿Qué verá entonces?

—Veréis un correo del rey tomar esta cajita llena de ramilletes, fijarla á manera de balija en la grupa de su caballo, y seguir á galope el camino de Berlín.

—¿Enviáis ramilletes hasta Prusia?

—Y mucho mas lejos todavía; los mas bonitos que tengo son para Rusia.

—Pero deben llegar allí enteramente ajados, helados.

—Llegan tan lozanos como los veís aqui.

—¿Y de qué procedimiento usáis para ejecutar ese milagro?

—Ese es mi secreto.

—Guardadlo. No por eso estoy menos contento, sabiendo que enviáis flores á la corte de su magestad el emperador Nicolás.

—¿Y qué os puede importar eso?

—Parto mañana para San Petersburgo.

—¿De verdad?

—Sí, y cuando vea en la mano de una señora moscovita uno de vuestros ramilletes, le saludaré como un compatriota, como un amigo.

—Si le reconocéis.

—Del mismo modo que los grandes escritores dejan conocer sus obras en cada frase, vos como ellos dejáis conocer vuestros ramilletes, sin tener necesidad de poner en ellos vuestro nombre.

—Lo que me decís es verdad, lo creo; pero jamás me lo han dicho. Y para daros gracias por un cumplimiento tan lisonjero, quiero abrazaros.

—¿Con mucho gusto, querida Mad. Prevost!

El día siguiente le pasó todo en casa de Enrique. Estábamos tristes los dos. Mi camarada miraba la vida parisiense con toda la antipatia que le inspiraban las nuevas costumbres, cuyo aprendizaje iba á hacer. Pero no le era permitida la vacilación.

Su padre acababa de ser investido de un eminente empleo diplomático cerca de la corte de Rusia. Así que acompañaba á su padre, no solo por deber filial, sino tambien por deber de situación, con el título de agregado á la legacion francesa. Esto era dar el primer paso en una bonita carrera. En el momento de subir al carruaje, Enrique se arrojó en mis brazos.

—Abrazame por última vez, me dijo con efusion, porque tengo el presentimiento de que te doy el último adios, y no nos volveremos á ver.

(Se continuará)

LAS UNIVERSIDADES DE CAMBRIDGE Y OXFORD.

De las universidades de Cambridge y de Oxford es de donde han salido la mayor parte de los grandes hombres de Inglaterra; de aqui ri-

validades, lucha, guerra, entre esas dos célebres universidades, y por consecuencia entre los ingleses mismos. Unos están por Cambridge, otros por Oxford, esto es inevitable. ¿Qué de toneladas de tinta esparcida, qué de folletos, de libros impresos, de discursos pronunciados en defensa y exaltación de una ó otra de aquellas dos universidades! ¡Dios nos libre de tomar parte en el debate! Cada uno á sus negocios; los del vecino no son los nuestros. Pero seanos permitido poner ante la vista del lector, á título de reseña histórica y literaria, un argumento que nos parece poderoso en favor de la universidad de Cambridge. Lo trasladamos tal como acabamos de encontrarle en un diario inglés, y es que de cinco de sus mas eminentes hombres de los tiempos pasados en ciencia y literatura, á saber, Bacon, Newton, Shakspeare, Milton y Biron, cuatro han recibido su instruccion en Cambridge; Shakspeare no ha pertenecido á ninguna universidad; y que de los cinco hombres mas notables de nuestros tiempos, á saber, Macaulay, Dickens, Tennyson, Bulwer y Thackeray, tambien otros cuatro; Macaulay, Tennyson, Bulwer y Thackeray, han sido educados en la misma universidad; Dickens, como Shakspeare, no pertenece á ninguna universidad. «¿Hay en el mundo una universidad, esclama con orgullo el periodista al terminar, que pueda enorgullecerse de haber producido hombres mas ilustres?»

LA FIEBRE DEL ORO.

En los primeros dias del mes de mayo de 1851 fué cuando se descubrieron las minas de oro de Bathurt, situadas en la Nueva Gales, en Australia. La noticia se esparció con la velocidad del rayo, y produjo el mas admirable de los espectáculos. Miles de personas de todas clases y profesiones, abandonando sus negocios, sus mugeres y sus hijos, tomaron el camino de las minas. Las tripulaciones desertaron en masa de los buques anclados, sin cuñarse para nada de sus compromisos de enganche y de la paga que se les debía. En menos de una semana el precio del azúcar, del arroz, del trigo, de los vestidos de abrigo y las botas, aumentó un 25 por 100 en Sidney. En todas las poblaciones de la colonia no se vendían mas que alimentos, útiles de mugeres y efectos de vestir. Todo individuo que podia manejar un pico ó una pala había marchado ó se preparaba á marchar. Los caminos estaban cubiertos de gentes de á pie, calesines, cabriolés, carretones y carros; se veían reunidos en la mas estravagante confusión magistrados, abogados, médicos, mercaderes, empleados y labradores.

Los comercios se cerraron, los salarios de los criados y el jornal de los obreros se elevaron casi simultáneamente en todo el pais, y para conservar á sus empleados se vió obligado el gobierno á aumentar sus sueldos en mas de un 25 por 100. El presupuesto de la policía sufrió el mismo aumento.

La construccion de las casas, de los puentes, etc., se suspendió por falta de obreros. Veíanse las casas quedar sin concluir, aunque los propietarios ofrecían enormes jornales para que trabajasen en ellas. Los campos no se sembraron, y los rebaños de carneros perdieron sus pastores. La fiebre del oro llegó á dominar hasta á las mugeres; las criadas y las obreras fueron arrastradas por el torrente, y mas de una gran señora se vió obligada á descender á los cuidados de la casa y á guisar.

MISCELANEA.

UN LADRON MAS GENEROSO DE LO QUE HUBIERA QUERIDO.—El famoso Bonnet, obispo de Salisbury, mirado en Inglaterra como Bossuet lo era en Francia, volvia de visitar su diócesis. Apreciado por una necesidad, hizo detener su coche en un rincon de un bosquecillo, diciendo

á su cochero y á sus criados que fuesen andando poco á poco.

Apenas habia entrado en el bosquecillo, cuando un ladron, con una pistola en la mano, le pidió su bolsa y su reloj; y encontrando los hábitos del prelado de mejor paño que el suyo, le propuso un cambio. La elocuencia tembló de aquel ladron no le permitió negarle nada. Hecho el cambio, el criminal desapareció como un relámpago. El obispo se apresuró á ponerse las bragas, y gritó al cochero que aguardase; pero el coche iba andando siempre. El secretario del obispo, inquieto de no verte volver, mandó á un lacayo que fuese á saber el motivo.

—Señor, un hombre viene á todo correr hácia nosotros, pero no puede ser el señor obispo, porque no está vestido como él.

Llegó el obispo; pero júzguese la sorpresa que causó al verte en aquel traje. Despues de haber recobrado aliento, contó su aventura. Sin acordarse que habia cambiado de vestido, quiso sacar un pañuelo de su bolsillo para enjugarse el sudor que le habia ocasionado su carrera. La primer cosa que sacó fué su reloj. Volvió á meter la mano y sacó su caja de tabaco; y por último encontró un cartucho con cincuenta guineas.

—¡Ojalá me roben siempre así, dijo entonces.

CALAYERADA.—Se llama una cabeza sin seso á un alborotador. Un cierto *offrè*, oficial de artillería de una nobleza bastante antigua, decia á una costurera con quien se habia casado:

—Muger, ¿sabes que soy mas noble que el emperador de Alemania, y que si yo fuese calavera le hacia bajar de su trono?

—Vaya, querido, respondió su muger, que era mas sensata que él, pues que el emperador está en su trou, déjale estar allí.

PENSAMIENTO PROFUNDO.—Decía un hombre, no conozco sitio en que pasen mas cosas que en el mundo.

LOGOGRIFO.



SOLUCIÓN DEL LOGOGRIFO INSERTO EN EL N.º 63.

El mundo comedia es,  
Y los que tienen laureles  
Hacen primeros papeles  
Y á veces el entremes.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADE,  
calle de Sta. Teresa, núm. 8.